

GUÍA DE LITERATURA INFANTIL



*Rocío
Vélez de
Piedrahíta*



GUÍA DE
LITERATURA
INFANTIL

*Rocío
Vélez de
Piedrahíta*



GUÍA DE
LITERATURA
INFANTIL

Vélez de Piedrahíta, Rocío, 1926-2019

Guía de literatura infantil / Rocío Vélez de Piedrahíta; prólogo de Claudia Ivonne Giraldo G. – Medellín: Editorial EAFIT, 2021

310 p.; 21 cm.— (Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahíta)

ISBN 978-958-720-740-8

ISBN 978-958-720-741-5 (versión EPUB)

1. Literatura infantil – Historia y crítica. 2. Literatura infantil - Colecciones. 3. Libros y lectura para niños. I. Giraldo Gómez, Claudia Ivonne, pról. II. Tít. III. Serie

028.55 cd 23 ed.

V436

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Guía de literatura infantil

PRIMERA Y SEGUNDA EDICIÓN: IMPRENTA DEPARTAMENTAL DE ANTIOQUIA, 1983 Y 1986

TERCERA EDICIÓN: EDITORIAL COLINA, 1988

CUARTA EDICIÓN: EDITORIAL NORMA, 1991

PRIMERA EDICIÓN EN LA BIBLIOTECA ROCÍO VÉLEZ DE PIEDRAHÍTA, 2021

© Herederos de Rocío Vélez de Piedrahíta

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur – 50

Tel. 604 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

<https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN 978-958-720-740-8

ISBN 978-958-720-741-5 (versión EPUB)

Edición general: Claudia Ivonne Giraldo G.

Corrección de textos: Emma Lucía Ardila J.

Diseño de colección y de carátula: Alina Giraldo Yepes

Diagramación: Jorge Nelson González

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

Contenido

Presentación

GUÍA DE LITERATURA INFANTIL

INTRODUCCIÓN

1. El problema ideológico
2. Qué vamos a entender por literatura para niños y adolescentes
3. Lo nuestro

CAPÍTULO I. SÍNTESIS HISTÓRICA

CAPÍTULO II. CÓMO DESPERTAR EN EL NIÑO LA AFICIÓN A LA LECTURA

Importancia de la relación entre texto, imagen y contenido

a. Idioma

Precisión en las palabras

Relación del idioma con el mundo que rodea al niño

Construcción gramatical

b. Imagen

c. Idea

CAPÍTULO III. PRIMERA INFANCIA

CAPÍTULO IV. SEGUNDA INFANCIA

1. Cuento popular tradicional
 - a. Cuento popular tradicional
 - b. Recopiladores y clasificaciones
 - c. Criterios de clasificación
 - d. Finalidad
 - e. Diferencias con el mito y la leyenda
 - f. Características generales
 - g. Problemas que plantea
 - h. Símbolos
 - i. Objeciones más frecuentes al cuento en general y al cuento popular tradicional en particular
 - j. Manera de utilizar los cuentos
2. Cuento literario
 - a. Poesía melancólica y fantástica
 - b. Aventuras
 - c. El cuento didáctico
 - d. Cuentos parafolclóricos
 - e. Fantasía
 - f. Complemento de texto y dibujo

CAPÍTULO V. LOS *SERES* DEL CUENTO POPULAR TRADICIONAL

1. Hadas
2. Las brujas
3. Ogros y gigantes
4. Elfos

CAPÍTULO VI. LEYENDA, MITO, FÁBULA

1. Fábulas
2. Los libros de láminas y la tira cómica

CAPÍTULO VII. PREADOLESCENCIA

1. Aventura-aventura
2. Robinsonadas
3. Ciencia ficción
4. Denuncia de problemas sociales
5. Obras patrióticas
6. La naturaleza y los animales
7. Aventuras en ambientes familiares o escolares
8. Obras didácticas
9. Nuevas tendencias

BIBLIOGRAFÍA

General

Primera infancia

Cuento popular tradicional

Seres

Segunda infancia

Fábulas, leyendas, mitos

Preadolescencia

Notas al pie

Cuadros

Cuadro 1

Cuadro 2

Cuadro 3

Cuadro 4

Cuadro 5

Cuadro 6

Presentación

Por las páginas de esta obra no solo se deslizan los nombres de autores, personajes maravillosos y de libros que los niños de varias generaciones han hecho suyos, sino también la evocación del legado que esta *Guía de literatura infantil* dejó en generaciones de promotores, bibliotecarios, educadores y de muchos lectores adultos actuales. Se trata de un libro decisivo, que abrió la puerta en la ciudad y el país a los estudios serios sobre un género que se consideró menor pero que ha demostrado ser baluarte en la formación integral de los más jóvenes.

Desde su primera edición de 1983 por la Imprenta Departamental de Antioquia, tuvo una positiva recepción, pues como la autora lo expresa en su “Agradecimiento”, recogía en él las notas y páginas escritas para sus clases, charlas y conferencias que había preparado durante años acerca de la historia y la enseñanza de la literatura especialmente orientada a los niños y jóvenes. Era novedoso, era necesario, proponía ideas que retaban lo establecido, guiaba a educadores y a madres y padres de familia, alertaba a los gobernantes sobre el peligro de la falta de lectura entre los niños, sobre la necesidad de la fantasía y de la magia. Fue texto obligado en cursos de Educación, Literatura y Educación Preescolar.

Hoy, al volverlo a leer y a editar con cuidado, honramos el esfuerzo, la enorme tarea que Rocío Vélez se impuso a sí misma. Nos la imaginamos en sus largas jornadas de

estudio y de consulta en bibliotecas públicas y privadas, suponemos las dificultades para conseguir los textos más antiguos y los más actuales en una ciudad en donde, en esas duras décadas de los años ochenta y noventa del siglo xx, la cultura, las librerías, las bibliotecas, las publicaciones languidecían a causa de una peste que oscurecía las ideas, ordenaba callar e imponía su terrible y empobrecida idea del mundo.

Han pasado casi cuarenta años y en mucho este libro conserva su actualidad y su frescura: una mujer de estas tierras, culta y querida por todos, una escritora, una maestra, impartía cátedra y esa cátedra daba buenas cosechas, alimentaba el alma de los jóvenes maestros y maestras y, por tanto, los niños tenían esperanza. Su tono coloquial y sencillo, sin pretensiones, así como era ella, hace que esta guía se lea como una buena historia y siga provocando el deseo de internarse en esa ruta por la literatura de todas las épocas, la de pura cepa, la que no deja de sorprender y de instaurar en el mundo la maravilla.

Para quienes no dejamos de ser los mismos lectores asombrados que fuimos a los seis años, para quienes aún creemos en que, más allá de la cerrazón, no todo se finca “en la riqueza, en menjurjes bursátiles y en un mayor volumen de la panza”, los comentarios de la autora, que obedecen al momento histórico en que escribió el libro, a su generación y educación de base, se iluminan con su sabiduría, bondad, sentido del humor e ironía y su apertura inteligente hacia asuntos que entonces eran anatemas.

Celebramos como la fiesta que es, esta edición de la *Guía de literatura infantil* en la Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahíta.

Claudia Ivonne Giraldo G.

*A mis nietos, el eco risueño de mis hijos: Paulina, Juan
Esteban, Camila, Claudia, Manuela, Elisa, Luciano, Isabel,
Luisa, Carolina y Támara*

Agradecimientos

A Gustavo Molina, quien me sugirió la idea de agrupar en un volumen coherente las notas que había recogido para cursos y conferencias sobre literatura infantil.

A las maestras del departamento de Antioquia, a quienes siempre he profesado gran admiración; su estímulo y entusiasta acogida a mi trabajo me decidieron a realizar esta obra; a la Secretaría de Educación y Cultura que hizo posible su publicación; y, con especial cariño, a mi gran amiga Consuelo Gutiérrez de Restrepo, cuya metódica y tenaz colaboración me ayudó a agilizar el trabajo.

Introducción

Hace algún tiempo me sorprendía leer a veces, a veces oír, que la literatura infantil era en alguna forma peligrosa –o al menos perjudicial– para los niños: los sumergía en un mar de irrealidades nocivas, alienantes en unos casos, engañosas en los demás, sin ninguna utilidad posible y un peligro para su desarrollo.

Quienes así se expresaban limitaban la literatura infantil a cuentos, y ello sin discriminación. Miles de cuentos en un solo paquete: los antiquísimos clásicos de origen popular, aquellos otros que hicieron famosos a sus autores y son orgullo de los países de origen: modernos, de animales, nostálgicos, alegres, burlones, poéticos...

Más adelante constaté entre las personas que atacan los cuentos, las que los juzgan por un número reducido, o incompleto, o según vagas generalidades acerca de los más conocidos: que Pinocho es un muñeco, que Gulliver es grande y Pulgarcito pequeño; de Julio Verne saben que fue un vidente de los descubrimientos científicos, pero no saben con precisión si debe ubicársele antes o después de Daniel Defoe, ni les es fácil asegurar que *La cabaña del tío Tom*, es libro y no película. Se da el caso de estudiantes universitarios, o de persona cultas en otras áreas, que confunden hada con cuento, cuento con leyenda o mito, y agrupan sin diferenciarlos a Perrault, los hermanos Grimm y Andersen.¹ Otros que sí han leído cuentos, para emitir sus juicios, se basan en enfoques exclusivamente

psicoanalíticos, desde una perspectiva narcisista o deteniéndose únicamente en el pacto lingüístico, dejando de lado la complejidad de los elementos que participan en la lenta configuración de un cuento tradicional.

Por preguntas que surgían en clase, seminarios o en simples conversaciones sobre literatura infantil, se fue haciendo evidente la necesidad de una guía para los educadores y padres de familia. Pero nada me movía a escribirla.

Además del convencimiento de que entre el niño y un buen libro se interponen serios obstáculos –inclusive burocráticos, debido a la dificultad de los maestros para conseguir una guía, no política, religiosa o revolucionaria, sino orientada hacia la formación del buen gusto literario y el placer de leer–, lo que me puso manos a la obra fue la acogida entusiasta de personas vinculadas a la educación que han asistido a los diferentes cursos que se han dictado sobre literatura infantil y la insistencia con que reclamaban un libro de orientación al respecto.

Quizás lo que hace falta no es un texto erudito, con terminología especializada, planteamientos y conclusiones que siguen las técnicas más avanzadas para el estudio de los fenómenos del lenguaje, sus implicaciones simbólicas, el análisis por desmembramiento de las obras en personaje, trama, tema, tiempo, espacio, etcétera, sino un libro sencillo con ideas al alcance de cualquier educador y del mayor número posible de padres de familia, que aclare preguntas elementales: ¿qué les leo a los niños del jardín donde trabajo?, ¿en primaria?; ¿cuáles temas y tratados?, ¿en qué forma les interesan o les convienen?; ¿cuáles características me indican que la obra coincide con las necesidades de su edad, o con la etapa de desarrollo que atraviesa?; una vez seleccionado el cuento, ¿lo leo?, ¿cómo

lo leo?, ¿o lo cuento?; ¿prosa?, ¿verso?; ¿debo inventar?, ¿adaptar?, ¿copiar?, etcétera.

Para llenar este vacío presento esta guía, sin pretensiones de erudición en la enunciación, en los ejemplos ni los temas, con la única meta de que la recopilación de datos y experiencias que he conseguido pueda serles útil a los educadores y elevar el nivel de lectura y formación de los niños latinoamericanos; y con el convencimiento de que la ventaja que nos llevan los países avanzados no se adquiere en la universidad sino en los primeros años, con el dominio del propio idioma, determinado en gran parte por el nivel de lectura.

Para alcanzar esa meta voy a seleccionar las obras y los autores con un criterio artístico y recreativo. Dejo de lado los libros que directa o disimuladamente tengan por verdadera finalidad la enseñanza de ciencias, arte, moral, religión, política, historia, etcétera, con excepción de obras didácticas en las cuales el factor literario tenga un nivel tan alto que resulte imposible ignorarlo. Quiero detenerme brevemente en esta drástica medida que deja por fuera un gran número de libros bellísimos, de gran valor editorial y educativo.

Sobre el niño contemporáneo gravitan los problemas que han enfrentado los niños de todos los tiempos. Siempre ha habido niños abandonados, huérfanos, descuidados, maltratados; hogares tensionantes, guerras, ambientes hostiles cuando no feroces y ellos en todas las clases sociales y económicas. Varían según los tiempos y las culturas las formas en que se presentan estos males y el enfoque que se les da. Los saqueos a la ciudad derrotada por una soldadesca salvaje, las hambrunas y las epidemias, las Cruzadas —que dislocaron los hogares europeos durante dos siglos—, las invasiones, afectaron a los niños de entonces como a los de hoy; las diferentes, abundantes y

variadas forma de violencia, el pánico que difunden vertiginosamente los medios de comunicación, las guerras constantes, las migraciones masivas, el ausentismo del padre, las penurias económicas.

La única tensión nueva y característica de este siglo xx, es la del estudio. Lo que han logrado los países avanzados, por lo que luchan los que apenas se desarrollan, no es el derecho de todo niño, si lo desea, a estudiar, sino la obligación ineludible de estudiar quiera o no quiera, pueda intelectualmente o no, puedan sus padres económicamente o no. Es una presión asfixiante que gravita sobre los hogares, los presupuestos, la organización de las familias y repercute sobre los niños de ambos sexos dolorosamente. Los padres ricos de un niño torpe lo fuerzan a estudiar hasta el martirio, y con razón porque un rotundo “no estudio” lo anularía. En cuanto al hijo de padres de recursos económicos escasos –que en otros tiempos, desde muy joven, ayudaba en forma efectiva en el campo, o se preparaba sin costo alguno como aprendiz de artesano en la ciudad– hoy se ve consumir por su estudio del cual depende la posibilidad de trabajar o subir de estatus. En los centros urbanos con cinco años de primaria, seis de bachillerato y por lo menos cuatro de carrera –un total de quince años, la flor de la juventud, el período decisivo en la formación de un individuo–, se les aniquila cualquier posibilidad de manifestación artística no productiva. Más que una crítica, esto es la enunciación de la manera de pensar y de vivir de nuestro siglo. En todos los tiempos ha habido algún criterio para seleccionar entre varios aspirantes a una posición, criterio que inevitablemente es arbitrario: inteligencia, salud, fuerza, clase social, capacidad guerrera, etcétera. Hoy prima la llamada “capacitación” que se puede traducir por “estudio”. O estudiar o fracasar. Bettina Hürlimann-Kaup² dice que en el siglo xviii al educador no le importaba que el niño viviera

feliz, con tal que muriera santo; hoy podría decirse que no le importa que se vuelva loco, con tal que sea sabio.

Acorde con este hecho –fácil de criticar, difícil de corregir–, los libros para niños, desde la primera infancia, tienden a enseñar por encima de todo. Tratan de instruir divirtiendo, atraer con colores, bellos dibujos, historietas, rodeos que amortigüen el dolor: *Conoce el fondo del mar; Vamos de paseo al campo; Contemos pajaritos; El átomo a tu alcance; Mecánica para todos; Un cohete por dentro*. Un niño afortunado que encontró cupo en una escuela recibe clases todo el día y tiene además que hacer tareas, no resiste que, en las horas de reposo, cuando quiere distraerse, lo sigan instruyendo; aunque le den material atractivo con bellas ilustraciones, se niega; produce dislexia que es una manera de bloquearse. Entre los factores que se enumeran para explicar el éxito avasallador e indestructible de las historietas, junto con el factor económico, debe figurar en primera línea el deseo del niño de divertirse sin esfuerzo intelectual, leer repasando, sin retener, sin aprender, tal y como los adultos que cuando están fatigados no leen *Los sueños de Luciano Pulgar*, de don Marco Fidel Suárez, sino una novelita policíaca...

Por lo tanto esta guía, que busca despertar en el niño el placer de leer y la capacidad de disfrutar la belleza a través del idioma, evita las obras didácticas.

Aunque sea obvio, no hay que olvidar que toda obra, aunque no tenga por fin enseñar, enseña las palabras que utiliza, las ideas que expone, los sentimientos que presenta; por lo tanto, la poesía, los cuentos y aventuras de calidad son tremendamente útiles para la formación y desarrollo de los niños. Empecemos por dejar en claro varios puntos:

1. Cómo se va a obviar el problema del contenido ideológico

2. Qué se va a entender por literatura infantil
3. Y, finalmente, cuál es el criterio adecuado en los países de América Latina, frente a las obras de procedencia extranjera y las propias.

1. El problema ideológico

Por razones que no necesitan detallarse, el gran temor de los padres y educadores es que, a través de una literatura de aspecto inofensivo, se adoctrine a los niños hacia un determinado modo de pensar que vaya en contra del propio, con las consiguientes tensiones familiares. Por lo tanto, en esta guía voy a descartar comentarios relacionados con la orientación ideológica de las obras o de los autores y me limitaré a colaborar en la formación de un criterio sobre el valor literario y educativo de las obras, que permita a cada profesor seleccionar lo que favorece al desarrollo, el gusto estético, el amor al libro, el placer de leer el vocabulario. Con estas alternativas cada educador seleccionará lo que coincida con su manera de pensar. No solamente es difícil enseñar contra las propias creencias –pongo en duda la eficacia de una cátedra de doctrina católica dictada por un marxista, o una apología de Marx en boca de una religiosa de clausura–, sino que dentro de lo útil y de alta calidad hay material para todos los gustos. Por ejemplo: al estudiar a Andersen puede destacarse su sentido del humor, la melancolía, la fina calidad poética de los cuentos, inclusive agruparlos de acuerdo con las edades. Con esas bases el educador cristiano seguramente va a utilizar “La sirenita”; el que quiera ridiculizar a los gobernantes escogerá “El nuevo traje del emperador”; para mostrar la superficialidad de las clases altas sirve “El porquero”; para relajar a un niño tenso, “La princesa y la arveja”. En esos casos se está utilizando –y es lo que

interesa- un material de excelente calidad literaria, una obra maestra del género.

Hay cientos de obras, infinidad de cuentos: con buenas bases para seleccionar, la escogencia del contenido es problema de cada educador.

2. Qué vamos a entender por literatura para niños y adolescentes

Maria Luisa Cresta³ dice que tanto Benedetto Croce como Jorge Luis Borges “consideran que calificar de ‘infantil’ a la literatura dirigida a la infancia, produce el efecto de una limitación, que conlleva la idea de una parcialización o segregación. La literatura ‘es’ o ‘no es’, sin distinción de edades ni condiciones previas para quienes va dirigida”. O sea que para que un libro sea un buen libro para niños, tiene que ser un buen libro a secas y reunir las condiciones generales para ser literatura, la obra tiene que empezar a *agregar* ciertos requisitos que le exige su contenido o el grupo al cual va dirigida. Por ejemplo, un historiador, además de las cualidades literarias generales, buscará información sobre la época que estudia: mientras mejor y más amplia sea su documentación, mejor su historia. Aún más: de acuerdo con el lector a quien va dirigida su obra –profesores, gente del común, intelectuales, etc.–, a las exigencias del género histórico, tiene que ir agregando condiciones que la hagan útil como ayuda didáctica, amena cuando la meta es divulgación, o rigor científico en la investigación.

La literatura infantil es un género dentro de la literatura universal, y no por ser borrosas sus fronteras deja de tener exigencias propias. Veamos algunas:

- a) Descripciones claras, ágiles y cortas. Esto requiere una gran capacidad de síntesis y observación.
- b) Diálogo frecuente, también rápido, de frases que transmitan el pensamiento completo con pocas palabras.
- c) Acción ininterrumpida y variada que cree suspenso y conmueva; dosis elevada de imaginación, así se trate de sucesos que parecen imposibles –volar, dialogar con animales–, o aparentemente posibles –naufragar y ser el único sobreviviente, o saltar una tapia para coger un balón y caer en casa de un bandido célebre–, etc.
- d) Humor y poesía. Máximo Gorki –para muchos el padre de la literatura infantil moderna–, consideraba estas dos condiciones como imprescindibles; si se va a dar un mensaje, este debe desprenderse por sí solo de los hechos o incorporarse ágilmente al diálogo, lo más rápido y sucintamente posible.

No es lo mismo “literatura para niños” que literatura deliberadamente pueril y tonta, sin ambiciones literarias, donde se acude a la exaltación del diminutivo, con un vocabulario reducido, “para que entienda”. Con el criterio de limitar el vocabulario para que el niño entienda, se comete un contrasentido: si nunca oye palabras nuevas, nunca conocerá palabras nuevas. Limitar el vocabulario, minimizarlo tontamente, darle un tono ingenuo artificial es menospreciar la capacidad de apreciación del niño, su buen gusto y su deseo de ser tratado en serio. Los libros que abogan por esta corriente suponen a un niño mermado, sin posibilidad de salir de un número limitadísimo de palabras. Los autores que han triunfado con los jóvenes, los clásicos, hablan en serio y suponen que el niño *sí* les entiende. Hay que partir del supuesto de que es inteligente, sus sentidos están alerta y no tiene, como el adulto, tantas posibilidades

medio atrofiadas;⁴ “El adulto es un niño obsoleto”, dijo el doctor Seuss.

Es frecuente que se circunscriba la literatura infantil a las obras que fueron escritas pensando en el niño como lector. Es este un bloque grande e incluye obras de calidad, pero no voy a limitarme a ellas porque forman apenas un grupo dentro del género. Según esta apreciación quedarían por fuera libros como *Los viajes de Gulliver*, *Las mil y una noches*, la casi totalidad de los cuentos populares y muchos otros que no fueron escritos especialmente para niños.

No voy a ocuparme de obras escritas por niños. Algunos opinan que el niño expresa mejor que el adulto lo que le interesa, lo que le conviene y en la forma más adecuada para los demás niños. No comparto esa opinión. El niño está condicionado a vivencias logradas durante un período muy corto de tiempo, en ambientes restringidos que no abarcan muchas posibilidades y posee para expresarla –entre nosotros aún más que en países donde las madres tienen mayor preparación y los niños más acceso a la educación– un número reducido de palabras. Con ese material son pocas las posibilidades de llegar a conocer, divertir y mucho menos elevar el nivel cultural de otro niño con idénticas limitaciones.

Las muestras que he conocido de redacción infantil tienen apenas dos o tres signos de puntuación –punto, coma, a veces guion de diálogo– con lo cual se elimina toda posibilidad de sutilezas –la puntuación es la mímica de la redacción–; una gramática y construcción elementales –y lamentables– y lo poco que pueden dar cinco o seis años de experiencia de la vida. Con frecuencia se acude al eterno ejemplo de Mozart quien componía melodías a los ocho años. En música se dan casos de sensibilidad artística precoz, unida al conocimiento de los medios técnicos necesarios para expresarla, pero son siempre considerados

excepción, casi fenómeno. No sé cuál es la causa, pero en pintura, arquitectura o literatura no se han dado obras maestras de alcance universal realizadas por niños, ni aun en culturas y épocas altamente desarrolladas. Se debe fomentar que el niño aprenda a expresarse por escrito para que desarrolle su creatividad, dé rienda suelta a la imaginación y permita a sus educadores comprender y analizar sus intereses; pero lo que escribe no sirve para educar o divertir a otros niños sin enseñar errores. Una grabación de canciones mal interpretadas por niños, por ejemplo, puede resultar divertida para otros, pero es una clase de canto desafinado; un cuento escrito por un niño, aun suponiéndolo divertido, es un modelo de redacción pobre.

Sea esta la oportunidad de moderar el concepto generalizado de que en literatura infantil prima el gusto del adulto. Efectivamente escribe, lee o cuenta, ilustra, edita, vende y compra el adulto, pero no según lo que le gusta *ahora* –pocos adultos releen y disfrutan de *El gato con botas*– sino de acuerdo con lo que recuerda con agrado; todo padre de familia tiende a contar el cuento, comprar el libro, recomendar la obra o el tipo de obra que de niño le gustaba.⁵ En cierto modo es el niño el que escoge... veinte años después.

Voy a hacer un descarte igualmente drástico con los libros de láminas. Sin desconocer su gran utilidad en muchos campos y el nivel extraordinario de perfeccionamiento a que han llegado, lo que nos interesa aquí es el factor literario; sin embargo, se analizarán a su debido tiempo las implicaciones literarias de este grupo junto a la tira cómica, su importancia en el proceso del amor al libro como objeto y con relación a la adquisición del lenguaje.

En síntesis, para seleccionar de algún modo la obras para niños y preadolescentes, tendremos en cuenta los siguientes puntos: libros con texto, que no sean exclusivamente didácticos, con una calidad literaria óptima, cuyo idioma enriquezca al lector por su sonoridad, variedad y naturalidad; que utilice un vocabulario amplio dirigido a un ser inteligente que emerge de la ignorancia, sin imágenes repugnantes que produzcan un efecto desagradable de rechazo por parte del lector, o sea, respetando el buen gusto, con sencillez y claridad; sin detenimiento morboso en la violencia o en aspectos sexuales, con la excepción de los cuentos populares tradicionales en donde están envueltos en una profusión de símbolos tal, que al pequeño se le hace imposible por sí solo desentrañarlos.

Difícilísimo, por no decir imposible, es establecer pautas para diferenciar el buen gusto del mal gusto, algo tremendamente personal y subjetivo. Sin embargo, creo que, sin explicaciones, todo lector sabe a qué me refiero y en su interior puede tratar de dar una definición. Pasa con el buen gusto lo que decía alguno del camello: un animal muy difícil de describir, pero muy fácil de reconocer.

3. Lo nuestro

Finalmente consideremos un poco la posición según la cual al niño no debe dársele sino lo “nuestro”, auténticamente local y que considera la literatura foránea –además de alienante– vehículo para dominarlo, sacarlo de su medio, etcétera.

Antes de adoptar una posición frente a lo ajeno, veamos qué se entiende por lo “nuestro”. Con demasiada frecuencia se asocia exclusivamente a lo que tiene raíces